

# Costumbrismo en El Salvador

*Por Alfonso Maria Landarech, S. J.*

Doña María de Baratta, en uno de los capítulos de su reciente libro "Cuzcatlán Típico", nos da un precioso resumen de cómo surgió el movimiento folklórico en El Salvador. No es tan ambicioso nuestro propósito. Pretende tan sólo trazar un croquis del *costumbrismo* salvadoreño, entendido este vocablo en su sentido estricto de carácter, usos y costumbres de un pueblo.

Uno de los primeros costumbristas salvadoreños que nos sale al paso es *Antonio Guevara Valdés* (1845-1882). Nacido en esta Ciudad Capital, desempeñó los cargos de Subsecretario de Estado, Auditor de Guerra y Diplomático. Periodista, más aún, fundador del primer diario santaneco "La Voz de Occidente", aunque se distinguió sobre todo como polemista, escribió también artículos de costumbres.

Pero el movimiento costumbrista no llega a tomar cuerpo y consistencia hasta presentarse en escena el que había de ser el maestro en el género, *Arturo Ambrogí*. Más adelante recibe un fuerte impulso motor con el opúsculo de *Juan Ramón Uriarte*, "Cuzcatlanología", publicado en 1926. Uno de nuestros más exquisitos poetas, *Alfredo Espino*, había pulsado ya con acierto la cuerda nacional en su libro de poesías "Jicaras Tristes". *Suárez Fiallos* extrae algunas de sus piezas teatrales de la cantera criolla. *Sallarrué* en sus "Cuentos de Barro" y "Cuentos de Cipotes", y algo antes, *José María Peralta Lagos* en sus múltiples obras, se muestran costumbristas cien por cien. Pero no se vaya a creer que éstos solos son los costumbristas salvadoreños. Han ido continuamente engruesando este caudal nativo *Salvador Carazo*, *Manuel Quijano Hernández*, *Francisco Herrera Velado*, *Adolfo Herrera Vega*, *Miguel Angel Bonilla*, *Ramón González Montalvo*, *José Leiva*, *Hugo Lindo*, *Edgardo Salgado*, *Miguel Angel Espino*. Así es como esta corriente costumbrista se ha ido convirtiendo en un río caudaloso, como fiel reflejo del carácter de un pueblo.

Pero concretémonos ya a los escritores propiamente costumbristas. Este artículo quiere señalar el derrotero que ha seguido el costumbrismo en nuestra literatura, dejando a otras plumas un examen más detallado de cada uno de los autores. Nosotros lo hemos hecho ya con algunos de ellos. En el número de Marzo de 1950, p. 38 de esta misma revista, analizábamos

detalladamente cada una de las obras del incomparable retratista de nuestro suelo *Arturo Ambrogí*.

Nacido el 18 de octubre de 1875 en la ciudad de San Salvador, moría el 8 de noviembre de 1936, después de habernos dejado toda una colección de obras regionales: *Bibelots*, *Manchas*, *máscaras* y *sensaciones* (1901), *Cuentos y fantasías* (1895), *Marginales de la vida* (1912), *El tiempo que pasa* (1913), *Sensaciones del Japón y China* (1915), *El libro del Trópico* (1915, edición definitiva 1918), *Crónicas marchitas* (1916), *El Jetón* (1936).

En todas ellas es un virtuoso pintor. Monta su caballete, pone color en su paleta, extiende su lienzo, y su pincel de artista se desliza describiéndonos cuadros de costumbres: paisajes típicos, la vida sencilla del campesino, sus alegrías, sus trabajos y sus penas. Pero el fuerte de Ambrogí está en el colorido, en la pintura del paisaje nativo a la luz del Trópico, en la penetración de sus gentes. Esta ha sido su mira y eso son sus artículos. Nos lo dice él mismo en una viñeta colorista titulada "Mi culto", en la que nos revela sus aficiones a pintar, su temperamento artístico y su modalidad de escritor costumbrista.

Refiriéndose a sus obras dice de él Cejador: "Prosista notable por las descripciones regionales de la tierra y costumbres, en lenguaje a medias modernista y a medias regional, rico en color, esmaltado de voces pintorescas del habla popular y de voces modernistas brillantes y evocadoras".

Así escribía también de él Luis Gallegos Valdés: Sin embargo, aquel hombre flaco y desgarrado, era un escritor de verdad. Ahí están sus libros para atestiguarlo, desde sus primeras obras hasta *El libro del Trópico*, en el cual supo aprisionar al hombre y paisajes salvadoreños de modo exacto y expresivo.

Así como en "Sensaciones del Japón y de China" es el pintor de lo exótico: tiendas, museos, lugares típicos, fumadores de opio, sederías, puestos de flores, costumbres, nada escapa a sus ojos viajeros de minucioso observador; en "El libro del Trópico" todo es de la tierra, netamente salvadoreño: *La Semana Santa en el pueblo*, *La pesca bajo el sol*, *La sacadera*, *La quema*, *El paso de la recua*, *El vendedor de minuta*, *La partida de las carretas*, etc., etc.

Verdaderamente Ambrogí es el pintor de las costumbres de El Salvador. En sus descripciones de lugares, a veces hasta demasiado detallistas, aparece observador y realista en extremo. Sus narraciones y pinturas son vívidas y llenas de colorido y sabor local, verdaderas acuarelas del paisaje y del agro salvadoreño. Es verdad que a veces se siente la quietud de un panorama inanimado, pero en sus cuadros al vivo va retratada el alma nacional, se siente el palpitante del corazón del pueblo, se ve que ha vivido en estrecho contacto con la naturaleza de este Cuzcatlán típico, en su lenguaje vibra el habla del campesino, se hacen presentes sus penas, sus alegrías, se pone de manifiesto su carácter e idiosincrasia. Minucioso y hasta nimio en su pintura nos ha dejado en "El libro del Trópico" el mejor museo nacional costumbrista.

"El Jetón" es un cuadro de costumbres en que ya no llama tanto la atención la descripción de la naturaleza inerte, ni siquiera las escenas que la reaniman, lo exterior, el decorado por decirlo así, cuanto esa penetración del pueblo salvadoreño de que hablábamos, a quien ha calado hasta los tuétanos. El lenguaje es también fuerte, tomado del natural. Así es Ambrogio, la primera figura de nuestro costumbrismo.

Y en la ruta que nos hemos trazado encontramos a *Salvador Carazo*, autor de artículos y folletos de costumbres, de quien dijera Rubén Darío que era el mejor imitador de Mark Twain, para llegar, en una marcha ascensional a *Francisco Herrera Velado*.

Este escritor, con verdadera vocación de cuentista, nació en Izalco, y de su región ha tomado la mayoría de los temas para sus cuentos. Actualmente vive en Santa Ana, donde parece que ya colgó su peñola para dedicarse a otras actividades.

Además de sus dos libros de versos, "Fugitivas" y "Mentiras y Verdades", nos ha dejado otro en prosa "Agua de coco" que es el que nos interesa porque, aunque no puede ocultar al poeta, se revela sobre todo como un excelente cuentista de costumbres. Todos sus relatos son un reflejo de la psicología y modo de ser de los indios de Izalco, Nahuizalco y pueblos vecinos. Se leen con sumo interés. En un estilo impecablemente clásico, cuando no es auténticamente regional, se desliza el relato lleno de malicia y socarronería, no faltando tampoco los chispazos ocurentes de fina ironía.

*Manuel Quijano Hernández*, natural de San Miguel (1871-1939), cantó también a Cuzcatlán en sus obras "En la montaña o el alma del indio" (1930), "Tiempos viejos" (1930) y "El sembrador" (1932).

Estos libros han sido inspirados en una finca que el autor poseyó en las faldas del volcán Alegría. Allí, y en el pueblo de Sesorí, en unión constante con los campesinos pudo estudiar sus costumbres. Confundido con ellos para apreciarlos mejor ha procurado penetrar en su alma y sondear sus misterios. De esta vida íntima con ellos, de sus conversaciones y de su atenta observación, ha ido sacando los diversos cuadros que presenta al lector en un estilo sencillo, sin pretensiones literarias.

Toda la vida del lugareño va saliendo allí: sus faenas agrícolas, sobre todo el corte del café que describe largamente, crímenes, vida política, comercial, fiestas profanas y religiosas, juegos, supersticiones, brujerías y tradiciones. En él todo es vivido y palpado.

También otro costumbrista, *Miguel Angel Bonilla*, nos ha dejado descrita la vida de la sociedad corrompida en sus antros de vicio. Su obra se titula "Sima o la vida del bajo mundo" (1940). Es la descripción de los bajos fondos de la sociedad, el deshecho de ella, el hombre y la mujer corrompida. No es una novela, ni tampoco una relación de cuentos, pero debe entrar aquí de lleno por relatar, con demasiada crudeza a veces, este mundo corrompido. La intención parece buena, y aprovecha la ocasión de sacar enseñanzas prácticas y lecciones morales. Así y todo la obra produce el efecto de una sentina que inspira asco y repugnancia.

Adolfo Herrera Vega repartió su vida entre las labores del magisterio y los estudios de la vida y costumbres de sus compatriotas de Izalco y Nahuizalco, que aún conservan intacta la raza autóctona. De tales estudios surgió su interesante obra "El indio".

Así llegamos a uno de los más grandes mojonos del costumbrismo salvadoreño, el *General José María Peralta Lagos*. También a este personaje lo estudiamos despacio en todas sus obras. (ECA, Junio 1950, pgs. 17-25).

Ahora sólo queremos destacar su costumbrismo criollo.

Nace el 25 de julio de 1873 en la ciudad de Santa Tecla y muere en Guatemala el 1944. Desde niño traba contacto con la gente del campo en su finca El Trapiche. En "Brochazos" nos describe las temporadas felices de vacaciones pasadas en ese lugar. De este roce con los usos y costumbres del pueblo sacará después sus artículos llenos de fina observación y sano realismo. Años después, en la edad madura (1925), trazará sobre el mismo terreno sus "Brochazos", escenas arrancadas del natural, diálogos vivos, chispeantes, del habla salvadoreña.

"Brochazos" son cuentos divertidísimos que todos ellos llevan el sello inconfundible del autor, humorista empedernido. "Bajo el imperio del sable", por ejemplo, es una muestra de su espíritu de observación fino y penetrante de los diversos tipos gorriones que están dispuestos en todo tiempo a darle a uno un sablazo.

Estas cualidades del costumbrista nato las volvemos a encontrar en otro de sus mejores cuentos, el titulado "Pura fórmula". Claro que lo que aquí impresiona es el dejo desgarrador de su fina ironía, pero ahí está sobre todo el costumbrista, pintándonos, más que con palabras con su proceder, al rico avaro y explotador, Don Gabriel, al explotado, Modesto, al juez ejecutor del despojo, a la mujer, a la hija, etc., T. P. Mechín, más que un pintor de costumbres es un caricaturista.

En este mismo escenario de su finca de Tonacatepeque fué escrita también "La muerte de la Tórtola" (1933) o malandanzas de un corresponsal. Narración novelesca de costumbres salvadoreñas. A fines del año 1922, según él mismo nos cuenta, se retiró a ella. Desde allí fué enviando a El Imparcial estos artículos de las aventuras de un Corresponsal ambulante que luego, en 1933, reunió en un volumen.

Resumiendo, José María Peralta L. (T. P. Mechín) escribió artículos, nos dejó cuentos, hasta una novela y una comedia, pero en todos ellos lo que siempre flota, juntamente con su humorismo y como embebido en él, es su costumbrismo.

Pereda y Galdós fueron sin duda sus autores predilectos y los que más influyeron quizá, consciente o inconscientemente, en este género de producciones costumbristas. Claro está que no los copia, es demasiado independiente para atarse a nadie, lo único que hace es aplicar el arte, aprendido u observado en ellos, al terruño cuzcatleco.

En "Burla burlando", "Brochazos", "La muerte de la Tórtola", y sobre

todo en su novela "Doctor Gonorreitigorrea" y en su comedia "Candidato" aparece el costumbrista de pura cepa. "Para pintar al Doctor he tomado rasgos de tres o cuatro charlatanes famosos que nos burlaron en el terreno de la medicina. Murieron unos y largáronse otros que dan fuego todavía, coleando por ahí. Y no tratéis de poner nombres, que mis personajes son múltiples. Quiero decir que los he vestido con prendas pertenecientes a distintos dueños, de modo que, a lo más, encontraréis parecidos" (Doctor Gonorreitigorrea. Al lector).

Algo semejante nos vuelve a decir en los Preliminares de "Candidato". "Fué todo aquello tan cómico (las elecciones del Presidente Araujo) que sentí la comezón de ensayar por una vez en el difícil y para mí nuevo terreno... y puesto a la obra pinté varios tipos de mi invención, aunque muy parecidos a los que deambulan por esos pueblos y montes de Dios. Los que hablan y se mueven en la escena no existen; pero no puedo decir lo mismo de los aludidos por aquéllos, pues andan por ahí vivitos y coleando —algunos puede que rabiando— a los que el lector salvadoreño fácilmente designará por sus nombres verdaderos" (Preliminares de Candidato).

Lo que se pretende principalmente en esta novela es "pintar una serie de cuadros de costumbres, tomados del natural y ajustados a la verdad histórica". Es el retrato de unas elecciones "libres". En ellas desfilan todas las capas sociales, desde el Presidente hasta la criada y el último labriego: el finquero, el militar, el candidato y todos sus satélites. "En esta comedia —como dice Juan Ramón Uriarte— la pluma de T. P. Mechín, siempre noble y castiza se convierte en maravilloso pincel de nuestro ambiente. El regionalismo de Peralta es vital. Peralta ha penetrado en la psicología de nuestros seres y cosas. Captar estados del alma y expresarlos en su parla propia, es verdadero regionalismo". (T. P. Mechín y sus libros, Ramón Uriarte p. 232). Y es que él no tanto capta el lenguaje pintoresco del pueblo, cuanto el espíritu que lo anima y su modo de ser. Si unimos a esto su gracia y socarronería, el costumbrismo de T. P. Mechín resulta más ameno y agradable que el de Ambrogí, porque al pintor de costumbres se junta en Peralta el humorista y escritor festivo que se burla hasta de su misma sombra.

Aquí nos hemos atendido sólo al tema costumbrista. No queremos continuar porque nos haríamos interminables. Para hacer un estudio detallado del costumbrismo de Peralta habría que seguirle paso a paso en su vida y en sus obras, pero este trabajo ya nos lo ha dejado magistralmente trazado el conocido estilista Luis Gallegos. (La personalidad literaria del General José María Peralta Lagos en el folleto "Tres conferencias y un comentario", sobretiro del Ateneo, San Salvador, Diciembre, 1948). Puede también leerse con fruto nuestro estudio "José María Peralta Lagos, T. P. Mechín", publicado en ECA, Junio, 1950, pgs. 17-25.

*Ramón González Montalvo*, nacido en Quezaltepeque, el 7 de febrero de 1909, es también costumbrista en sus cuentos y novelas. En ellas se ve el influjo de Ambrogí. Actualmente se dedica a la carrera diplomática, y después de pasar por los cargos de Cónsul en Los Angeles y Secretario de la Legación de Guatemala, Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y jefe de diversas secciones, es hoy el Segundo Jefe del Protocolo en esta capital.

Está todavía inédito "Pacunes", cuentos monstruosos de Cuzcatlán, magníficas pinceladas costumbristas. Leerlas, dice de ellas Herrera Frimont, es como admirar esas perfectas miniaturas que salen de las manos de los alfareros de Ilobasco. Tiene además dos novelas: "Las tinajas" y "Barbasco". Esta última es una pintura del agro salvadoreño y de sus gentes valientes y sencillas, en la que se reflejan las angustias del problema social que allí late. Nos han llamado la atención los cuentos "Vientos de octubre" y "La cita" que han merecido el honor de entrar en la Antología del Cuento Moderno Centroamericano preparada por el Dr. Hugo Lindo.

Y a propósito de *Hugo Lindo*, también el tantas veces laureado poeta ha cultivado el costumbrismo en su libro de cuentos "Guaro y Champaña".

Bajo la rúbrica "Guaro" —se nos dice en el prólogo— aúno los relatos ásperos y regionales. El guaro es un licor regional y áspero. Y efectivamente, todos estos cuentos están mojados de guaro, guaro fuerte y áspero de la caña salvadoreña, sin mixtificaciones en el contenido ni en la forma. Son tres los cuentos regionales que ha reunido en este librito. "Risa de tonto" es el mejor. Pedro Vásquez mete la cizaña en una familia honrada, el marido se da a beber, y la vida se convierte en un infierno: miseria, infidelidad, desgracia. Hay aguafuerte en el dibujo, y en el fondo quizá el realismo más crudo de todos los costumbristas salvadoreños. Por el estilo de éste son los otros dos cuentos de "Guaro": Gente güena, y La espera. Los demás, "Champaña", no tienen ese color subido, pero no por ello son menos bellos.

*J. Edgardo Salgado*, después de ensayar el verso en su obra "La Ronda criolla", publica después su primera novela "Sor Clemencia" que tiene éxito, y hace poco, el 1949, otra titulada "Vidal Cruz", netamente costumbrista, retrato fiel del indio del ancestro. Vidal Cruz, su protagonista, es un indio del volcán de Santa Ana que se enamora de una niña de buena posición, la hija del dueño de la finca con la que se ha criado desde pequeño, y que al ver irrealizable su sueño acaba por suicidarse.

La primera parte en que se cuenta la vida inocente de los dos niños y sus juegos infantiles, luego el idilio y la pasión reconcentrada del protagonista, está bien pintada. En la segunda parte decae un poco el interés, pero en toda la novela se ve la vena del costumbrista y la imaginación del poeta.

Pintor, poeta y cuentista, todo ello en una pieza, es *Salvador Salazar Arrué* (Salarrué), otro de los mojoneros del costumbrismo criollo. Nació en Sonsonate el 22 de octubre de 1899 y actualmente desempeña el cargo de Agregado Cultural a la Embajada de El Salvador en Washington.

Podríamos distinguir en él, como lo hace atinadamente Hugo Lindo, en su estudio publicado en la ECA, octubre 1950, p. 18, tres cuentistas. Primero se halla el Salarrué de "Remontando el Uluán" (1932), de O'Yarcandal (1929), y de "El Señor de la Burbuja" (1927). Es el cuentista de lo misterioso. El otro es el que se contiene en los "Cuentos de Barro". Este es acaso el de mayor valor, al menos en cuanto intérprete del ambiente salvadoreño que estamos estudiando. Y el tercero es el de las narraciones

de carácter más universal. Este último empezó a manifestarse con el cuento "El Cristo Negro" (1927) sobre el origen del Cristo de Esquipulas, y culminó con "Eso y más", publicado en San Salvador el 1940.

Su última obrita se titula "Cuentos de Cipotes", y son cuentos contados por los chicos salvadoreños a las personas mayores. Conservan un primitivismo y un encanto especial y en ellos hay costumbrismo de buena ley.

Salarrué no gusta detallar la descripción como Ambrogio. No es ni quiere ser miniaturista, y al fin del cuento sus personajes resultan retratados de cuerpo entero.

El lenguaje en casi todos sus cuentos es regional, en algunos salvadoreño puro, y puesto en el escrito al natural, arrancado de labios de sus interlocutores. Así son sus "Cuentos de Barro": La brusquita. Esencia de Azar, Semos malos, La Virgen de Ludres, etc., y todos los "Cuentos de Cipotes".

Hay todavía una novela de costumbres poco conocida aun entre nosotros: "El Indio Juan" de *Don José Leiva*. Quizá se deba esto a que se tiraron de ella, en la única edición publicada en Madrid el 1933, tan sólo 100 ejemplares. El autor se expresa así en el proemio: "Es un simple relato de hechos aislados, vistos o vividos por mí, que al hilvanarlos tienen cierta apariencia de novela". Y vaya si lo es, y con trama interesante. Relata la vida de un indio, Juan, que hace su carrera de Ingeniero Agrónomo en España. Allí conquista laureles en los estudios y simpatías, pero tiene la primera decepción con Lolita de Casa Grande, título nobiliario, con quien no puede casarse por prejuicios de casta. Esto le ocasiona un golpe psicológico y un viraje de vida. En su desesperación se da a la bebida y al juego. Y aunque el golpe parece incurable, puede recuperarse y parte para su tierra. Aquí se halla extraño en su país. Todo le choca. Quiere poner remedio a muchas cosas y sufre los primeros reveses. Nombrado Ministro de Fomento vuelve a fracasar como hombre público debido a su rectitud en un ambiente que no corresponde a su formación y nobleza. En su finca "El Palmar" cree poder hallar su felicidad. Nuevos contratiempos de incompreensión, y sobre todo nueva decepción amorosa con Soledad, lugareña, de inferior condición, aunque instruída y de excelentes cualidades. Decepcionado de no poder unirse simplemente a ella vuelve a separarse de su terruño para dirigirse al Africa, donde se halla su mejor amigo Montesinos en parecidas circunstancias. Así piensa hallar remedio al hastío que le produce la vida en su país en el que no encuentra sino falsía, adulación e injusticia. Esta es la novela. No la vamos a juzgar como tal, no es éste nuestro propósito. La enfocaremos únicamente bajo el ángulo del costumbrismo.

El autor ha pretendido penetrar en el carácter del indio. Lo pinta inteligente, noble, simpático, magnánimo, perdonador. Pero, ¿es ése su carácter real? Desde luego él mismo nos habla de "ese rencor del indio que no perdona nunca" (p. 230), de su carácter taciturno y reconcentrado, etc. Por lo demás hay pintura de la vida del campo y de sus gentes, lenguaje colorista y regional. Hay todavía mayor penetración en los personajes de las altas esferas a quienes desuella inmisericorde. Y al menos

esta novela tiene el mérito de darnos en su protagonista el fiel retrato del joven que sufre los reveses de la vida al sentirse extraño en su tierra y acaba por dejarla hastiado.

Y entramos ya a estudiar la mejor novela costumbrista de autor salvadoreño, "Hombres contra la muerte" de *Miguel Angel Espino*, que obtuvo el Primer Premio de Literatura Nacional de 1947. La acción se desarrolla en la selva de Belice.

Hombres contra la muerte son esos hombres que llegan a Belice de todo Centro América, Las Antillas y México a buscar trabajo en aquellas selvas vírgenes y llevan una vida de horrores extrayendo el chicle. En la espesura del bosque hay veinte hombres bajo la férula de un capataz. Se levantan al trabajo a la madrugada y terminan a la puesta del sol. Viven también con ellos compartiendo su vida unas cuantas mujeres en degradante promiscuidad y se ocupan en prepararles la comida. La vida en aquellas intrincadas selvas es una lucha constante entre el hambre y la naturaleza. Algunos se levantan al trabajo y no regresan más.... Se los ha tragado la selva que atrae con sus encantos a los hombres más curtidos. Nos habla de un brujo que vive en aquella espesura que adivina el porvenir y cura las enfermedades. Pero los hombres mueren de las más diversas dolencias, de picaduras de insectos, mordeduras de culebras, fiebres malignas o a golpes de machete. A ellos les suceden otros y otros que vienen hastiados de la vida de la ciudad y atraídos por el misterio de la selva. El trabajo que buscan nunca falta, pero también encuentran la muerte.

Con la sola enunciación de este esbozo podrá verse la semejanza con "La Vorágine" de José Eustasio Rivera, la novela más intensa y genuinamente americana de nuestro tiempo. En ésta como en la del colombiano lo que nos interesa no es precisamente la trama sino la selva y la vida tremenda de los hombres que trabajan en ella, en una palabra el relato costumbrista.

Y aquí cerramos este rápido recorrido de los autores salvadoreños que han tocado en sus obras el tema típico regional.

El Salvador cuenta pues con un lucido cuadro de escritores costumbristas. Ahí están los pintores de nuestro terruño y los psicólogos de nuestras gentes.

